



RETÓRICAS DEL OCULTISMO EN LA IDENTIDAD SOCIAL

Por:

Augusto Solórzano

Profesor asociado

Universidad Pontificia Bolivariana¹

portalsolorzano@gmail.com

Ilustraciones por: María Fernanda Mora

Resumen:

Este texto analiza cómo la retórica gráfica que identifica los jabones a los cuales se les atribuye poderes mágicos, condensa un gran potencial de significación y una función estratégica vinculada a las prácticas de la identidad. Tomando como punto de partida el concepto de matriz ocultista, se estudia desde una perspectiva cualitativa la manera en que las imágenes asociadas a la fatalidad hacen las veces de foco reflector de los distintos imaginarios sociales. La observación en la práctica de estos imaginarios es realizada con el fin de identificar otros matices del consumo que se mantienen al margen del consumo regulado sobre el que las distintas ciencias sociales hoy posan su interés.

Palabras claves: Retórica *graph*, estética, prácticas de resistencia, ocultismo, prácticas de consumo.

Abstract:

In this article is analyzed the way in which the graphic rhetoric that identifies the soaps to which have been assigned magical powers, condense a great potential of meaning and an strategic function linked to the identity's practices. Taking as starting point the concept of occultist matrix, is studied from a qualitative perspective the way in which the associated images to the fatality are reflecting focus of the different social imaginaries. The observation in the practice of this imaginaries is made in this work trying to identify others refinements of consume that are maintained outside the regulated consume which are studied by the Social Sciences in the present.

Keywords: Rhetoric *graph*, aesthetics, practices of resistance, occultism, consumption practices.

Introducción

Las representaciones gráficas que acompañan y respaldan los productos esotéricos, más específicamente los jabones para atraer la suerte, el amor, el dinero etc., concentran y reflejan imaginarios, utopías y ritos sobre los cuales se sustenta la conformación de la identidad particular y colectiva. Entendido como uno más de los espacios en los cuales se define socialmente la realidad, el ocultismo y sus prácticas sociales configuran un modelo atípico de consumo para el cual adaptan y hasta se crean reglas propias. El objetivo de este trabajo es identificar en la retórica gráfica parte de los imaginarios que atraviesan a la sociedad.

En un primer momento, se retoma el concepto de *matriz ocultista* anclado recientemente en la tradición de los estudios estéticos y culturales. El interés central en este punto es mostrar cómo dicha matriz está sustentada sobre la base de unos juegos estéticos y retóricos construidos y aceptados convencionalmente, juegos que por demás, se materializan en imaginarios colectivos capaces de modificarse parcial y totalmente en el tiempo. A partir de este planteamiento, se explora en un segundo momento cómo el estado estético de la sugestión es convertido en una especie de filtro capaz de retener y sacar de circulación ciertos objetos e imágenes cotidianas, para desde allí, imprimirles una carga aurática y simbólica. Luego, en un tercer momento, se rastrea la manera en que este sistema de objetos y de imágenes determina ciertos comportamientos traslapados con los discursos religiosos, médicos, botánicos y mercantilistas.

Algunas particularidades que se exponen en este escrito permiten mostrar que la matriz ocultista se configura como un espacio social donde converge una serie de imaginarios que fundan un sentido de realidad e identidad colectivas. De aquí la importancia de realizar un examen de los argumentos retóricos empleados en el discurso gráfico que respalda a todos y cada uno de los productos esotéricos. En sí mismos estos productos demuestran la existencia de otras formas de la producción, circulación y consumo que, si bien adaptan imitativamente las mismas tácticas impuestas por el consumo regulado tutelado por el gran sistema de la publicidad y el diseño gráfico, terminan siendo subvertidas por un hombre cotidiano quien inventa permanentemente la manera de alterar el circuito de producción y circulación de las mercancías.

Exploraciones previas sobre el concepto de matriz

El concepto articulado de “matriz ocultista” ha sido introducido recientemente en la tradición de los estudios estéticos y culturales por la autora mexicana Katya Mandoki². Por matriz podemos entender todos aquellos espacios sociales que permiten el surgimiento y posterior desarrollo de la identidad particular y colectiva. A manera de foco destinado a la producción, conservación e irradiación de la identidad, la matriz permite hacer perceptible ciertos aspectos relativos a la subjetividad. Recurriendo a una metáfora, se trata de una especie de espejo del cual se vale el individuo para reflejar en su realidad cotidiana los procesos de objetivación, institucionalización y legitimación producidos colectivamente.

El imaginario ocultista se alimenta constantemente de las indeterminaciones a las que el hombre común se ve enfrentado en su vida cotidiana. Desde allí los distintos agentes socioculturales echan mano de toda su inventiva para hacerle frente a los azares del destino. Esto supone considerar el ocultismo como un espacio social en el cual prevalece una amplia producción, circulación y consumo de mercancías esotéricas, cuyo fin es el de recomponer permanentemente las creencias en los distintos espacios sociales.

En gran medida, el factor simbólico concerniente a las mercancías esotéricas, revela una notable disminución del control institucional y de las reglas de un tipo de consumo sustentado sobre la base de la cuantificación minuciosa. Las experiencias y vivencias de los actores cotidianos que giran en torno al ocultismo, pueden llegar a ser vistas como una fisura en la práctica idealista y totalizante pretendida por un consumo contemporáneo, orquestado ahora en todos los niveles de la producción. Más allá de un consumo referido a los objetos, el ocultismo plantea una relación distinta, en tanto sus productos e imágenes hacen las veces de signos sustitutos, cuyo pretexto y eficacia alcanza apremiantemente el nivel de lo simbólico. Aquí, lo arbitrario cobra coherencia al llegar a traducir y vincular lo natural a situaciones y experiencias vividas como sobrenaturales.

Al exceder sobradamente la relación con los objetos y con las imágenes, el factor simbólico no solo liga las experiencias individuales y colectivas a situaciones impregnadas de connotaciones e imagerías, sino que además, propicia la configuración de otras lógicas dominadas por los deseos, los proyectos, las pequeñas utopías, los sentimientos y las pasiones. Mientras los demás objetos del mercado sirven de pretextos mediadores con la realidad, los objetos propios de la matriz ocultista llevan impreso el status de lo simbólico al vincular las relaciones humanas con la fatalidad. Estos objetos hacen parte integral de la identidad cultural. El conjunto de creencias alrededor de ellos propicia la configuración de cientos de imaginarios en los distintos órdenes sociales. Dichos imaginarios se traducen en sincretismo y diversidad de expresiones culturales vinculadas a la existencia de una trama mítico-científica y religiosa. De allí su riqueza. Al constituirse en un imaginario donde se hallan presentes los valores de eficacia y de reconocimiento de lo diferente, de lo oculto, la superstición termina también por abrigar la fe y la creencia como el mayor de los relativismos. Al tiempo, estos objetos crean a su alrededor una permanente búsqueda de sentido sobre la base de la protección simbólica. Respaldándoles, se encuentra todo un discurso visual en el cual se condensa los más sorprendentes recursos en torno a las creencias, deseos anclados en el corazón mismo de la sociedad.

Más que elaboraciones mentales fundamentadas sobre reglas fijas, las matrices se configuran a partir de la percepción y el ejercicio constante de ciertas prácticas compartidas socialmente y establecidas a través del pacto convencional. Es de notar que los procesos de construcción de identidad son el resultado de una constante e irregular superposición de las distintas matrices presentes en la cultura, gracias a que los límites entre unas y otras resultan ser bastante difusos y flexibles. De hecho, existen matrices cuya función es netamente normativa. Ellas buscan a través de la moderación, la coerción o la intimidación aglutinar a las personas en torno a ciertas ideas o conceptos tales como la familia, la nación, la formación, la religión o el deber.

De ahí la clara referencia a una matriz familiar, del estado, la escuela, la iglesia o, la milicia. También existen matrices que, haciendo uso de un gran despliegue de tácticas estéticas y retóricas, sirven de base para que el individuo acceda de manera más vehemente a lo sagrado y lo profano e intente explicar desde allí inquietudes humanas concernientes al bien y el mal, el premio y el castigo, la vida y la muerte o, el sacrificio y el beneficio. Es aquí donde la matriz religiosa y la matriz ocultista quedan inscritas.

La matriz ocultista no es la excepción a la regla. Alrededor suyo, el individuo recurre a distintas prácticas que le permitan conocer anticipadamente el destino a fin de poder modificarlo o manipularlo; esto es, inclinar la balanza a lo que más le conviene en un momento determinado. Cartas, tabaco, Vudú, tarot, runas, quiromancia, astrólogos entre otros tantos sistemas o métodos de adivinación, se convierten en herramientas claves para este fin. Así, cualquier estado de afección primaria como la vacilación, la desesperación, la vanidad, el enamoramiento, la ira, la envidia o los celos puede llegar a accionar nuestro interés por cualquiera de estos mecanismos de modificación del destino.

Conocer algo sobre nuestra predestinación, destino, suerte o futuro puede ser entendido como una respuesta al vacío inherente que desde siempre ha acompañado al hombre. Desde tiempos, los griegos, más específicamente, desde de Platón, esta incompletud se reconoce con el nombre de *Chora*³. En su contexto original, este estado obedecía a una especie de vacío que distancia al hombre del dios y que aquí puede llegar a ser asumido como distancia entre lo real cotidiano y lo completamente idealizado. Aunque su traducción es sinónimo de diferencia y separación entre lo humano y lo divino, vale la pena traer a colación la lectura cuidadosa que Kristeva ha hecho de este concepto. Desde aquí queda claro que el concepto platónico es utilizado para explicar cómo es posible la existencia de un significado que es anterior a la producción de un signo. De ahí que Kristeva asegure:

La chora no es una posición que representa algo por alguien (no es un signo); tampoco es una 'posición' que representa alguien por otra posición (no es siquiera un significante); es, sin embargo, generada para conseguir esta posición de significante. Ni modelo ni copia, la chora precede y es la base de la figuración y por consiguiente de la especularización, y es análoga solamente al ritmo vocal y al cinético. Debemos restaurar a esa motilidad el juego vocal y el gesticular (por mencionar solamente el aspecto relevante al lenguaje) en lo que respecta al cuerpo socializado para remover la motilidad de la ontología y de la amorfosis. (Mambrey, 2007:272).

De la cita queda claro que el estar fundamentados por esa diferencia, justifica en gran medida el porqué es tan frecuente recurrir a cualquiera de las posibilidades ofrecidas por la matriz ocultista para intentar hacerle frente a la fatalidad. Aunque es habitual considerar en la vida cotidiana 'ese vacío' como una falta o una ausencia, es gracias a él que podemos otorgar sentido y fundamento a una serie de fenómenos del lenguaje que están delimitados por el vacío mismo.

Esta distancia puede ser vista como una grieta o una imperfección de orden antropológica experimentada por el hombre en todos los niveles de su realidad. Lo ideal y lo real, lo finito y lo infinito, lo tangible y lo intangible y, tal vez, lo más concerniente para la matriz ocultista, la buena o mala suerte. Esta desproporción se ancla en tres puntos principalmente. Considerado así sumariamente, saltan a la vista diferentes distancias que ponen en relieve la existencia de significados previos al signo. Dentro de este marco hemos de considerar una de tipo teórico que nos impide el conocimiento total de las cosas, otra de tipo práctico que nos impide alcanzar la felicidad y otra más de tipo afectivo que frecuentemente nos recuerda el miedo a la nada. Desde este punto de vista es posible notar el porqué la matriz ocultista se constituye en una especie de faro al que frecuentemente recurrimos para orientar el sentido de nuestras propias vidas, más allá de los códigos culturales establecidos. A través de esta matriz intentamos conocer muchas cosas que, aunque caen de su peso por su evidencia, son recubiertas por el ocultismo con un velo de misterio e incertidumbre, de la significación previa al signo.

De alguna forma, los mecanismos retóricos empleados por los adivinadores constituyen un amplio y detallado repertorio de tácticas sugestivas capaces de prescribir minuciosos detalles en los comportamientos frente a nosotros mismos y frente a los demás. Desde los tarotistas, palmistas, videntes botamicistas hasta las famosas brujas lectoras del tabaco, las runas o el rezago del chocolate, manejan una serie de códigos léxicos, acústicos, somáticos y escópicos, que le imprimen un halo de misterio a su actividad.



Poder explorar en la vida cotidiana la dimensión práctica y afectiva ofrecida por esta matriz, implica el acondicionamiento de una serie de situaciones cargadas de significado que son configuradas como retóricas para este fin. Separación de citas, consulta previa con los ángeles para saber si es conveniente o no aceptar dentro del repertorio de clientes a alguien, hacer del martes o viernes un día especial para llevar a cabo la consulta, son tan solo algunas de las infinitas estrategias utilizadas para romper con el peso de la cotidianidad y hacer del encuentro adivinator un día especial.

El carácter inefable de esta matriz hace de ella un foco ambiguo y complejo de la identidad, dado que carece de una institución que le respalde o la haga visible. Si la honorabilidad y el deber tienen su asidero en la matriz militar o la formación de conocimientos y valores hacen lo mismo con respecto a la escuela, la fatalidad carece de ese respaldo asociativo con una institución. Al tomar como caballo de batalla el carácter cambiante y frenético de la vida misma, la matriz ocultista presenta unos límites bastante imprecisos, razón por la cual, ésta se trastoca permanentemente con la matriz religiosa, la mercantil, la médica o la funeraria. Por esta ruta, es posible encontrar un amplio abanico de posibilidades para su legitimación.

La función permisiva de sus límites posibilita encontrar mezclas tan particulares de matrices. Por ejemplo, peticiones a las ánimas reforzadas con bebedizos de hierbas, hacen latente una imbricación entre la matriz religiosa y la médica, así como los amuletos hechos a partir de pertenencias de los muertos y las novenas pueden llegar a evidenciar una mezcla entre la funeraria y la religiosa.

Allí donde ese vacío se haga evidente para el ser, tiene cabida la matiz ocultista. A través suyo intentamos hacerle frente al carácter contingente de la vida misma. Por esta razón, no es de extrañar su carácter evidentemente metamórfico, del cual se vale la retórica ocultista para anclarse en la vida cotidiana a manera de imaginario. En definitiva se trata de otro de los tantos juegos de *verdad y poder* de la sociedad basado en las distintas tácticas de persuasión cotidianas. Precisamente, es en el plano de lo cotidiano donde se hace evidente la no existencia de un libreto que pueda ser reproducido por los actores sociales. Aquí predomina un número indeterminado de “jugarretas” elaboradas desde y para el hacer mismo de lo cotidiano, significaciones precedentes a los signos, cuyo objetivo gira en torno a alterar el pesado orden social. Pese a la poca atención que se le ha prestado por parte del diseño gráfico y la teoría de la comunicación visual en general al tema de las imágenes que respaldan o promocionan los productos esotéricos, puede rastrearse en ellas ese tesoro de la imaginería popular, donde nuestra cultura refleja una verdad sabida para todos pero que, en el fondo es muy poco pronunciada. Sin lugar a dudas, lo que queda registrado en cada etiqueta de los productos ocultistas son las distintas creencias míticas, los relatos surgidos de la profundidad de las pasiones cotidianas, las ideologías a las cuales el hombre aferra su destino, la mezcla de las distintas configuraciones y tradiciones religiosas, el pastiche de creencias colectivas, la herencia de miedos y temores ancladas en las profundidades de nuestra identidad particular y colectiva, el contacto próximo o lejano con el más allá, el reemplazo constante de las creencias, los pactos con el bien y mal y, tal vez lo más importante, las distintas maneras de hacer explícitos nuestros actos de fe.

De hecho, cada una de las imágenes que respaldan a estos productos puede rastrearse un interés colectivo: preservar un gran número de preguntas arraigadas en el tiempo para las cuales no existen respuestas concretas.

Para el caso de la matriz ocultista insertada en el corazón mismo de la ciencia de lo cotidiano, estas “jugarretas” gráficas de los productos esotéricos llenas de vigorosidad, actualidad y belleza, son establecidas por tres agentes directos; un ocultista capaz de afectar a través de estrategias estéticas y retóricas, un cliente ansioso de hallar en él un aliado que le ayude a controlar los intempestivos cambios impuestos por el destino y, uno o varios aliados del ocultista, habitantes del más allá, capaces de interceder por las buenas o malas acciones que el cliente se propone. Sin embargo, no hay que olvidar que tras bambalinas también se halla otro actor, uno indirecto, el creador de todas y cada una de estas imágenes convertidas en etiquetas, quien haciendo uso de su empíria gráfica, crea relatos visuales obvios, cuyo carácter escueto sugestiona y persuade al comprador al mejor estilo de las grandes marcas creadas y realizadas por diseñadores y publicistas. Relevancia absoluta del carácter obvio en el plano simbólico o el plano de la significancia como bien lo denominó tiempo atrás Roland Barthes (1982:34-38), cuando a través de él logró distinguir lo intencional, es decir todo aquello que ha querido decir el autor, de aquello escurridizo, pertinaz y sobreañadido que funciona como suplemento conocido más frecuentemente como lo obtuso.

La sugestión y la configuración de la identidad

Si la matriz ocultista carece de una institución que le respalde, entonces es necesario preguntarse de dónde deviene esa eficacia simbólica para hacerse tan efectiva a la hora de propiciar la emergencia de la identidad. Dentro del amplio abanico de respuestas, vale destacar una inminente predominancia de la imaginación productiva y reproductiva materializada en los distintos juegos retóricos presentes en las imágenes, los relatos, los productos y sus distintas formas de uso. Basta una simple observación empírica de cómo constantemente la cultura materializa sus creencias mediante el uso de jabones, hierbas, hechizos, polvos, perfumes, novenas, estampas de santos y tantas otras cosas más que se convierten en objetos portadores de sentido. Historias de vida cargadas de fantasía son contadas voz a voz y en su paso furtivo terminan por alimentar la imaginación individual y colectiva. Es el hombre común quien termina por aceptar poner en marcha todo un dispositivo de tácticas llegadas de oída. Cada nuevo santo, formulación, novena, brebaje, objeto o imagen cargada de poderes, a pesar de tener un punto de origen incierto, termina siendo promocionado por el medio más efectivo de la comunicación, el del voz a voz, logrando así cubrir un alto poder de impacto. Es de esta manera que los relatos llegan a configurarse como un imaginario compartido y aceptado por toda una comunidad que, a su vez, delega en sus ocultistas la responsabilidad de encontrar nuevas recetas y combinaciones a fin de hacerlas más efectivas para el público.

De hecho, puede atribuírsele a la imaginación ser la responsable de configurar todo un espacio destinado a la recreación de las distintas historias y personas que han sido capaces de modificar su destino a partir de estos objetos e imágenes. Emerge así una matriz rica en tácticas y estrategias para llevar a cabo el proceso de prendamiento entre lo ideal y lo cotidiano. Confluencia de creencias y simbologías donde la vida corriente aparece preñada de transculturaciones y donde los patrones étnicos se congregan y sintetizan con la religión oficial.

Superchería, ocultismo, brujería, magia negra y tantas otras expresiones sincréticas más, terminan en ocasiones fusionándose en un espacio pluralista una vez el ocultista mezcla elementos de una cultura y otra en su búsqueda por encontrar el camino más rápido y efectivo para resistir los embates de la fatalidad que atañen a su cliente.

Sin recurrir a un discurso legitimador, la matriz ocultista da cuenta exacta de cómo un quehacer constante de experimentos termina por configurar en una lengua o práctica cultural, una serie de sinónimos para hacer frente a la fatalidad misma. Si bien es innegable en ella el peso de la tradición, llama la atención la permanente adopción y mutación de estrategias venidas de todos los frentes culturales que son acogidas en su seno. Nueva era, magia negra, vudú, sabiduría india, se mezclan en una sintaxis libre cuya estructura es casi que imposible registrar en sus detalles. Mutación constante similar al fenómeno del parlache. Desajuste permanente entre lengua y habla que define al ocultismo como un conjunto de actividades cuya definición más exacta solo puede hallarse en su práctica misma. En gran medida es la “aplicación” constante de tácticas el mecanismo del cual se vale esta matriz para trastornar el espacio construido, escrito y prefabricado del Logos. Nos encontramos frente a una matriz totalmente móvil que gana su autonomía precisamente por no hallarse delimitada o circunscrita dentro de los límites rigurosos impuestos por la ley o la norma. La facilidad de poder recurrir a ella de acuerdo a la “ocasión” es el reflejo de cómo a través de las tácticas intentamos hacerle frente a los azares y jugarretas del destino. La mirada empírica sobre esta matriz permite rotularla como una más de las *artes de hacer* propuestas por Michel De Certeau (1996:3).

Efectivamente, las distintas apropiaciones creativas presentes en ella, dan cuenta de cómo el sujeto cotidiano propende por imprimir a las situaciones el tinte de la favorabilidad. Se trata de una obstinación constante por hacer jugadas en el campo del destino haciendo alarde de la astucia, el polimorfismo, las maniobras y los hallazgos. La condición inicial para acceder a esta especie de juego ontológico es que el hombre se sugestione y delegue en un objeto o una persona la facultad de hacer que lo se quiere, se convierta en un hecho y arroje el resultado esperado. Es significativo que contantemente establezcamos y restablezcamos mediante la sugestión los lazos con esta matriz. No ha de olvidarse que en las distintas ciencias humanas se reconoce la sugestión como una influencia que recae sobre el estado afectivo o la conducta de una persona. De hecho, se trata de una pérdida o suspensión del control personal que desencadena en una inminente afectación de los límites éticos y estéticos. La sugestión es capaz de hacernos tomar en un momento determinado una decisión, razón por cual, ésta termina por convertirse en el puntal guía de otras decisiones. En la vida cotidiana, este estado de afectación es más importante de lo que se cree y, aunque se le intenta permanentemente opacar con la lógica, acaba trazando sus propias estrategias de inserción a través de los distintos mecanismos éticos y estéticos.

Con base en esta perspectiva encajaría pensar en el poder y alcance que tiene la sugestión para hacer que nuestras pulsiones se pongan en función de las decisiones tomadas por otros, las cuales, en un momento dado por vía directa decidimos seguir. Si de lo que se trata entonces es de analizar cómo nos adherimos a ciertas ideas y pensamientos para poder modificar la fatalidad del destino haciendo uso de ciertos objetos y la adopción de determinados comportamientos, se hace necesario detenernos en la retórica persuasiva tan característica de la matriz ocultista.

El juego de paradojas y simulaciones sobre el que se estructura la matriz ocultista abarca cuatro aspectos fundamentales de la retórica y estética cotidiana, los cuales han sido estudiados por Katya Mandoki (2006:205-217). En primer lugar, lo constituye el juego dramático y retórico del que se vale el médium para crear la impresión de ser alguien capaz de establecer vínculos con el más allá. La segunda, emerge del discurso derivado en torno a la relación sígnica y simbólica que el médium crea alrededor de la arbitrariedad de los diversos significantes y significados que tienen los objetos utilizados en la escópica ocultista. Precisamente, la conjugación constante y caprichosa de los significantes imprime un carácter dinámico a esta matriz, en tanto le permite asociar valores mágicos a jabones, hierbas, talismanes y demás.



El tercero de estos aspectos, interrelaciona el significado arbitrario de los objetos característicos del ocultismo con el uso, es decir, una vez se auratiza el objeto, éste limita o restringe su eficacia a una forma de uso precisa afín de no perder su poder. Por último, está el traslape del signo con el símbolo que se presenta cuando se circunscribe y reduce la identidad personal a generalidades tales como los signos zodiacales, numerologías o relaciones cabalísticas del nombre.

Ya enumeradas estas cuatro estrategias se hará un énfasis especial en la segunda para analizar a través de ella ciertas dinámicas sociales alrededor de los imaginarios generados a partir de los jabones de la suerte.

Retórica del objeto de la suerte

El tratamiento y valor simbólico impuesto a los objetos de la matriz ocultista, resultan ser similares al que se presenta en la matriz artística, en tanto crean alrededor de los ellos un aura a partir de la cual, se les intenta otorgar un sentido diferente al que pueden llegar a tener en la vida cotidiana. Así como las obras de arte requieren de un espacio y una visión especial que les legitime como tal, los talismanes, tabacos, velones, hierbas e incluso jabones, pierden su carácter cotidiano una vez pasan por el filtro del ocultismo. En gran medida, se trata de esa potencia cotidiana expuesta por Certeau cuando señala en *La invención de lo cotidiano* (1996) cómo el hombre ordinario recurre permanentemente a una serie de tácticas ingeniosas para sacar ventaja de los sistemas de poder y control. De hecho, la irregularidad de este mercado puede ser entendida como esa ventaja a la que recurre el débil para sacar ventaja del fuerte. Su característica informalidad es capaz de subvertir el orden establecido por el consumo regular. Se demuestra así que el consumo, lejos de ser una práctica pasiva de absorción y de apropiación, es más bien un juego permanente de elaboración de tácticas a las que el hombre cotidiano recurre afín de equilibrar la balanza de la producción masiva.

En este caso, la amplia variedad de productos y de imágenes promocionales que les respaldan, han sabido sacar ventaja de las mismas estrategias impuestas por el consumo regular. Una observación a los lugares donde se distribuyen estos productos, pone de relieve que la *eficacia simbólica* es el resultado de la apropiación, recreación y trasfiguración constante del poder, las instituciones, y los discursos en las distintas prácticas cotidianas. Resistencia configurada a expensas de la producción cultural, espacio de búsqueda de lo todavía no contado, *artes de hacer*, apropiaciones creativas de lo producido, o si se quiere, poéticas del consumo cotidiano, como lo diría Michel de Certeau.

La manera en que todo esto sucede se debe principalmente a la manipulación sistemática de los signos materializados en objetos portadores de un aura especial. La matriz ocultista se configura a partir de un lenguaje objetual cuya sintaxis se caracteriza por ser completamente libre. En razón de ello, cada objeto hace parte de un vasto y complejo sistema de signos que rebasa sobradamente la relación que con él establecemos. Desmembramiento permanente de significados a través de los cuales lo cotidiano es cada vez más enriquecido. Creación de un léxico de formas y colores en el cual se inscriben modalidades recurrentes del sistema del “habla” saussureano.

¿Puede entonces pensarse en que los objetos y las imágenes propios de la matriz ocultista configuran un verdadero lenguaje del que emanan rasgos de nuestra identidad? Sin lugar a dudas esto es posible en tanto se rebase la preocupación por el *sentido* y, en su lugar, se ponga de manifiesto el *común*, el sentido común plegado entre otras cosas en los usos del lenguaje, las prácticas culinarias, la posesión mística y la adherencia a ciertos ideas políticas religiosas o publicitarias, llevadas a cabo en la cotidianidad por el hombre concreto. En palabras de Max Weber, se trata de estar a la altura de lo cotidiano. Ese mismo planteamiento es intuitivo por Saussure, reivindicado por Baudrillard, interpretado por Wittgenstein, estudiado por Freud y traducido metodológicamente por Certeau.

Otorgar a los fenómenos cotidianos la importancia que se merecen, representa para las ciencias sociales el mayor de sus retos, en tanto significa estudiar un lenguaje carente de una sintaxis rigurosa, el de la prosa cotidiana. La identidad devenida de la matriz ocultista se camufla permanentemente en un repertorio extensivo y enriquecido en lo cotidiano, capaz de configurar una inmensa rejilla donde se combinan pequeñas utopías confrontadas con la realidad, las cuales son ventiladas por la necesidad que impone los límites⁴ de la fatalidad.

En concordancia con las dinámicas del consumo utilizadas por los grandes supermercados y almacenes de cadena, los creativos que con cada una de sus imágenes y productos enriquecen la matriz ocultista, han sabido sacar provecho de la promoción, el kit, los tamaños pequeños y otras estrategias impuestas por ese consumo regulado. Quienes diseñan imágenes y productos de este tipo saben desde la empíria los alcances persuasivos y los usos retóricos que tiene la imagen a la hora de la compra.

Las complejas motivaciones fatalistas que pueden combinarse de innumerables maneras en la vida diaria, hacen referencia a ciertos esquemas de representación sobre los cuales reposa la identidad del ser humano. En cada instante la experiencia social referida a la fatalidad engendra todo el tiempo comportamientos. Estos esquemas de representación de la fatalidad no solo inciden sobre los esbozos de percepción diaria sino que a su vez generan perspectivas de la realidad y conductas vinculadas a las mismas. El ocultismo incide directamente en la forma de conformar los distintos niveles de realidad y las diversas formas de lo social. Las implicaciones que tiene esta matriz en la configuración de la identidad de los pueblos, han sido relegadas a un segundo plano por parte de los estudiosos de la cultura, precisamente porque ella no se constituye como campo específico de conocimiento objetivo sino que, establece una sinnúmero de conexiones entre diferentes elementos de la experiencia de los individuos y las redes de ideas, imágenes, sentimientos y deseos.



Figura 1.



Figura 2.

Tal como sucede con el resto de productos del mercado, los objetos propios de la matriz ocultista están en un ahí y un ahora para ser apropiados y consumidos por un público demandante que acomoda sus necesidades a las diferentes posibilidades que éste le ofrece.

La importancia de una franja del consumo creado para enfrentar los embates de la fatalidad, pone en relieve la necesidad de analizar ese mismo consumo desde una perspectiva cualitativa dentro de la cual, la pregunta central se debe sustentar sobre la base del *sentido* que tiene la alienación dentro de los procesos cotidianos. En el fondo, se trata de un intento por superar la noción equivocada que señala al consumo como el principal foco de alienación contemporánea, idea respaldada sobre la base de la cuantificación minuciosa llevada a cabo por el ciudadano promedio. Bajo esta perspectiva, se trata de entender cabalmente aquello que ocurre en el mundo de la vida como resultado directo de la construcción llevada a cabo por los mismos agentes cotidianos. Precisamente, la gran enseñanza de Certeau fue la de apuntalar un camino metodológico para entender cómo esas *artes de hacer* escapan por completo a la lupa inquisidora de la medición. En tanto se trata de experiencias y comportamientos cotidianos, este tipo de prácticas han sido víctimas de la exclusión y subvaloración del gran sistema de la lengua, bien sea éste científico, gráfico, histórico o sociológico. Ni el hombre cotidiano reproduce fielmente todo aquello que le imponen los distintos sistemas de poder y de control, ni tampoco estos sistemas son capaces de dominarlo por completo. Si algo pone en evidencia la matriz ocultista, es que en lo ordinario se pliega una gran generosidad capaz de brindarle al hombre la posibilidad de encontrar la *trampa* para escapar de los sistemas reguladores de la cultura de consumo y de la dureza impuesta por el destino.

Se trata precisamente de esa ventaja del débil para sacar ventaja del fuerte. De cómo la informalidad es capaz de subvertir el orden establecido por el consumo regular, pero también de cómo el hombre concreto enfrenta mediante las imágenes y los objetos el peso de la fatalidad. Manipulación sistemática de los signos materializados en objetos portadores de un aura especial, a través de la cual se intenta poner a nuestro favor el destino.

En razón de ello, cada objeto hace parte de un vasto y complejo sistema de signos que rebasa sobradamente la relación que instauramos con los demás objetos del mundo.

Pero ¿cómo establecer conexiones entre las normas que rigen la experiencia de los individuos y las redes de ideas, imágenes, sentimientos del hombre ordinario? La respuesta, se circunscribe hacia un reconocimiento de los diferentes modos en que funciona lo cotidiano, una vez éste es gobernado por unas reglas pragmáticas dependientes de las mismas formas de vida. Por esta razón, no es de extrañar el porqué la imagen-producto ocultista se halla envuelta por una suave letanía impuesta por la matriz misma: facilidad de adaptarse a cada persona y más aún, de hacer realidad sus deseos más íntimos, gracias a una invisible y clandestina retórica persuasiva capaz de integrar a través de la imagen y el producto el halo de lo milagroso.

A manera de conclusión

La matriz ocultista deja traslucir la emergencia de tramas de sentido donde se mezcla indistintamente lo sobrenatural con lo sagrado, pilares fundamentales sobre los cuales se explicitan los procesos de identidad que conforman un elemento clave de la cultura local. Remantización constante, cuyos significados múltiples le permiten al habitante local reintegrar permanentemente nuevos componentes del mundo simbólico en los códigos de interpretación de que dispone. El bricolaje constante de los signos culturales mezclados en lo cotidiano se convierte en la única ruta de hacer legible, en términos culturales esta “conversión” que involucra a su vez una radical mutación cultural.

El hacerse partícipe de la matriz ocultista es en gran medida reconocer también la fragilidad del hombre ordinario quien se repliega en un “otro”, un objeto o una imagen para inventar constantemente lo cotidiano.

La compra y utilización de este tipo de objetos e imágenes está vinculada con el imaginario que señala que al mencionar el deseo, los santos, ánimas del purgatorio o cualquier otra fuerza del más allá tienen como propósito darle al cliente la satisfacción buscada. *Prácticas de desvío* que permiten inventar una y otra vez lo cotidiano, demostrando así cómo el peso de lo ordinario tiene de todo menos de ordinario.

Notas

¹ Doctor en Filosofía con la tesis laureada “Reivindicación filosófica de la belleza prosaica y la dimensión social del gusto”. Magister en Estética de la Universidad Nacional de Colombia. Se desempeña como Profesor titular en calidad de investigador de la Facultad de Diseño Gráfico. Miembro del Grupo de Investigación en Diseño Gráfico G.I.D.G, adscrito a Colciencias. Especialista en Estética de la Universidad Nacional de Colombia. Maestro en artes plástica de la misma universidad con tesis meritoria y diseñador de la Universidad Pedagógica Nacional. Autor del texto “El tiempo de lo neopintoresco”, 2008, y “Recepción y apreciación del arte y de la estética”, 2011. Ganador del concurso Mejor ensayo latinoamericano en diseño 2009, Buenos Aires, Argentina, y de la beca FAD en Barcelona 2011.

² La referencia a la matriz ocultista y esotérica hace parte del capítulo cinco del texto “Prosaica. Introducción a la estética de lo cotidiano” de 1994, el cual, a su vez, será retomado y desarrollado a profundidad en el 2006, en “Prácticas estéticas e identidades culturales”. Respectivamente las bibliografías son: Mandoki, Katia. (1994). *Prosaica, introducción a la estética de lo cotidiano*. México: Grijalbo. y Mandoki, Katia (2006). *Prácticas estéticas e identidades sociales. Prosaica Dos*. México: Siglo XXI.

³ Lo que me constituye como hombre es no ser Dios, el hallarme separado del Ser. El hombre ha de comunicar y pensar, y elaborar un acercamiento progresivo de la realidad, porque es defectuoso, porque le falta algo. Tiene una carencia, una herida, una *béance*, un vacío. Platón ya había vislumbrado esta situación con gran lucidez cuando elaboró la noción de *chorismo*. El diccionario lo traduce como “diferencia” o “separación”. Es una diferencia de espacio, de lugar (*chora*). (Eco, 1989: 375-376).

⁴ Una de las obstinaciones principales de Michel De Certeau, fue la de mostrar cómo los límites impuestos por los grandes sistemas de control y poder social, se resquebrajaban parcial y totalmente cuando el hombre cotidiano descubría en ellos la permisividad. Certeau Michel de, *La debilidad del creer*, Buenos Aires, Katz, 2006.

Referencias

- Barthes, Roland. (1986). *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona: Paidós
- Baudrillard, Jean. (2007). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.
- De Certeau, Michel. (1996). *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, A.C.
- _____. (1999). *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- _____. (2006). *La debilidad del creer*. Buenos Aires: Katz.
- Eco, Umberto. (1989). *La estructura ausente, introducción a la semiótica*. Barcelona: Lumen.
- Mandoki, Katya. (1994). *Prosaica, introducción a la estética de lo cotidiano*. México: Grijalbo.
- _____. (2006). *Estética y comunicación de acción, pasión y seducción*. México: Siglo XXI.
- Mabrey, María Cristina. (2007). *Ernestina de champourcin, la poeta de la generación del 27, en la oculta senda de la tradición poética femenina*. Madrid: Ediciones Torreozas.

Recibido: abril 23

Aprobado: mayo 30 de 2012